

Ahí hay alguien que dice: “¡Ay!”...

Por Jesús Benítez

Vivir es una cornada en la ingle, con varias trayectorias y de consecuencias irreversibles. Duele. Y mucho. Es inevitable acostumbrarse al dolor, porque éste forma parte de la pesadilla existencial y es irremediable. La vida, en cierto modo, es como una traumática casualidad, rocambolesca, un accidente que tarda su tiempo en pasar la factura definitiva. No se conoce el desenlace, ni cuando se materializará, pero dejamos de respirar, el corazón se detiene y nos evaporamos. Ya está, adiós. Lo peor de todo es que, a veces, no puedes ni despedirte, porque no te dejan, o no quieres. Descubrir si ha merecido la pena o no este **paseo incompleto, que es vivir**, depende del sufrimiento y el éxtasis que hayamos experimentado, o de cuánto dolor hayamos sido capaces de soportar.

El tránsito o recorrido vital es sinuoso, enrevesado, tortuoso y, por momentos, placentero e inquietante, pero obliga a afrontarlo en primera persona. Individualmente, asumimos mejor el efecto dominó de cada acto que protagonizamos, cada una de las consecuencias que generan nuestras acciones o la inercia de los avatares diarios. Así se avanza, o se retrocede, se cae al abismo o se sube a pirámides jerárquicas; ascendemos a cotas de relevancia o nos autodestruimos. Es el devenir, en el imprevisible calendario que cada uno afronta desde su nacimiento. Encontraremos caminos, rutas, vías por las que transitar, desembocando siempre hacia consecuencias imprevisibles que, en muchos casos, estarán influenciadas por los intereses enfrentados de quien aspira a lo mismo. Seremos embestidos de frente, de lado, por tierra, mar, aire y, tal vez, lograremos dar fe de ello; pero los envites cotidianos, habituales, son inesperados, surgen espontáneamente o fruto premeditado del que más celo nos tenga, aquel que ambiciona el sendero que recorreremos.

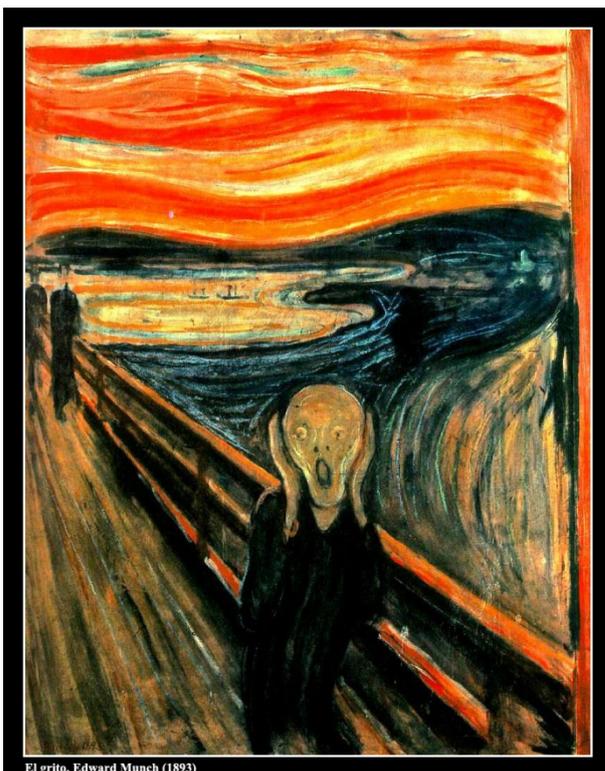
Muchos de los empitonamientos a los que nos vemos sometidos, sólo dejarán señales inespecíficas en la piel, marcas externas, aparentemente irrelevantes, como una expresión corporal que verbaliza el sufrimiento interno, la huella de un daño oculto, privado, reservado; cual tatuaje iconográfico y recordatorio permanente para no volver a caer en los mismos errores. Pero las cornadas recibidas, no se cierran nunca, permanecen en el subconsciente, en el iris del alma, vivas, activas, como una hemorragia por diabrosis, en la que la sangre no surge lenta de la herida, sino a través de los tejidos desgarrados por la propia presión, a borbotones. Y es así, en esa comunión, en la convivencia con el daño y las secuelas internas, como se sobrevive y madura, fiando en parte nuestras convicciones al escepticismo, ése mecanismo preventivo, de autodefensa, que te repite hasta la saciedad: “Piensa mal y acertarás”.

En este peregrinar por la vida, la losa más pesada que asumimos es sobrellevar la carga individual de dramas y también el sufrimiento ajeno. Pero la condición humana, original, induce a dedicar atención a nuestros semejantes, al altruismo bondadoso hacia el prójimo, rehuendo el egoísmo, la soberbia y el narcisismo. Así, soportamos sobre nuestros hombros las responsabilidades personales, con su agotamiento inherente y, a la par, tendemos a la condescendencia altruista, a un ejercicio constante de benefactor que no espera

reciprocidad alguna. El otro, también existe. Está ahí y dice: “¡Ay!”. No podemos darle la espalda, ni mirar para otro lado, exige nuestra atención y la incumbencia perenne. Sufre y reclama dedicación, cuidados; sus lágrimas y complejidades dan una justificación más, añadida a nuestra razón de ser y, de este modo, se convierte en hábito, en una extensión del ‘yo’ que se pluraliza y multiplica, que seca las llagas ajenas antes que las propias.

Pero llega un momento en el que gritamos: “Padre, aparta de mí este cáliz”. Superados por la traumática evidencia de la realidad, por la impotencia ante tanto sufrimiento extendido, generalizado, por la asfixia ambiental que nos consume, por no poder atender a tanto noble requerimiento, aflora en nosotros el llanto quebrado, angustiado, como una macabra risa sardónica. Ese es el síntoma expresivo que mejor refleja el extremo del dolor crónico, la risa sardónica que presenta una convulsión y contracción de los músculos de la cara que imita la risa. Aparentemente, los que nos observan, pueden pensar que la vida nos sonrío, que nada nos afecta, que nadamos en el bienestar y las desgracias ajenas carecen de nuestro interés. Pero no. En realidad, es dolor, dolor crónico, mucho dolor...

© Jesús Benítez – Noviembre de 2010
www.jesusbenitez.com



Posdata

YO ME LLAMO TU

Siempre he dado demasiada importancia a las cosas, SI.

Y habitualmente me he preocupado, por todo aquello que lo merecía, SI.

**Y esporádicamente he fallado a requerimientos,
por saturación de tareas y promesas, SI.**

**Y de vez en cuando he dicho basta a las necesidades ajenas en mi cabeza,
porque partía de la base de que sucumbiría finalmente a ellas, SI.**

**Y casi segundo a segundo, he escuchado al otro,
a un semejante bueno con su problema galopante, SI.**

**Y, noche tras noche, me he llevado al lecho
asignaturas pendientes con mis semejantes, SI.**

**Y tal vez nunca diga que no a nadie
porque dejaré de ser yo mismo, SI.**

**Y sé que tengo un lastre, un cansancio acumulado,
que hace explotar mi cabeza y ya no doy abasto, SI.**

**Y por ser así, a veces siento dolor mental y físico, pero no pediré nada, no,
en primera persona, nunca he servido para eso, NO.**

© Jesús Benítez



Prohibido publicar o el uso de estos contenidos, inscritos en el Registro de la Propiedad Intelectual, sin el previo permiso del autor: www.jesusbenitez.com